

LA PATRONA

En algún rato de descanso inconsciente pasado en la alcaoba de la casa, ¿ha tropezado vuestra mano distraída, al vagar sobre la mesa de noche contigua a la enorme cama materna, con algún devocionario ablandado por un largo uso a través de varias generaciones de señoras? Principiáis por hojearlo con cierta cansada indiferencia y, poco a poco, la vida que fluye de las páginas amarillentas y resobadas va embargando la vuestra hasta que el exceso de emoción os hace cerrarlo bruscamente.

Allí, en desorden, entre hoja y hoja de un Flavigny, de unas "Delicias", de un "Ejercicio de Perfección", de una "Pasión meditada", se os aparece toda la pequeña historia, íntima, familiar. Símbolo de una buena suerte que quizá no llegó, el carretón de cuatro hojas pegado a la tarjeta del novio; el registro de vuestra remota primera comunión; el pedazo de cinta roja o azul que sirvió de divisa de guerra a vuestro padre; el retrato de un hermanito muerto; la carta de un hijo ausente... flores disecadas que al prensarlas el libro oprimido por unas manos que fueron, concentraron en sí los más intensos momentos de una vida, y acariciadas a diario en horas de recogimiento piadoso por los ojos de la dueña, acrecieron su virtud evocadora.

Así, proporciones guardadas, la imagen, descolorida y todo, de Nuestra Señora de Chiquinquirá, aparece como impregnada fuertemente por nuestra historia nacional, por la que se desarrolla en campos y plazas, y por la otra, que no por callada deja de hacer parte de aquélla, la que en el quedado relato de la cuita íntima, y en la rendida oración por el alivio de la necesidad, llevan cotidianamente a los pies de la Virgen cuarzos de vida ensangrentados por innúmeros dolores.

Al rayar no más el alba de la Colonia, para los aposentos del encomendero Santa Ana, sobre una manta tejida por los indios de Tasco, con yerbas de nuestros campos mezcladas a tieras de los barrancos de Sutamarchán, trazó la tosca mano de Alonso de Narváez una Virgen del Rosario, un fraile francis-

cano y un apóstol, que andando el tiempo habían de realizar entre nosotros el milagro de salvar su oscuro nombre del olvido.

Vaivenes en la fortuna del hidalgo la bajaron del altar, y en las trojes del cortijo arneó trigo del que trajo Lebrón y regó Aguayo, y en los largos días pasados en el trajín del granero el sudor caído de las frentes de los siervos y las lágrimas rodadas de los ojos de las esclavas velaron la imagen que, no olvidando jamás aquel compañerismo, se hizo la patrona y abogada de la raza vencida.

La tierna devoción de la extremeña María Ramos volvió al oratorio el lienzo abandonado, y allí su fervor, aliado a su piedad, por los indígenas, lograron que la figura de la Virgen y las de los santos reaparecieran vivamente iluminadas.

La fama del prodigio creció rápidamente. Los necesitados de consuelo y de salud comenzaron a acudir de todas partes. Dos veces durante la Colonia la milagrosa imagen fue sacada de su santuario para ir a aplacar el flagelo de la peste que azotaba a Tunja y Santafé.

Vino la guerra de Independencia. En 1815, el prior de los Dominicos se dirigía a don Camilo Torres en estos términos:

"Nuestra Señora de Chiquinquirá está pronta a desnudarse de las alhajas que adornan su venerable imagen, siempre que el gobierno general destine su producto para sostener la independencia de la Nueva Granada y la libertad de los pueblos a cuya piedad debe sus adornos."

En 1816, al acercarse las tropas pacificadoras, Serviez, queriendo contener la deserción en sus filas, llamó al servicio activo a la Virgen de Chiquinquirá y, con ella en medio de sus rotos batallones, emprendió la retirada hacia los Llanos. Alcanzados en La Cabuya de Cáqueza por los realistas, abandonaron la imagen que fue alzada allí mismo por los peninsulares. Singular y españolísimo relevo de escolta aquel en que, en medio de los fuegos no extinguidos de un combate, pasa el lienzo de una Virgen milagrosa de los desnudos hombros de los soldados de la república a los brazos de los granaderos del rey, que tarareando como en los vivaques de Zaragoza y de Gerona:

La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa;
que quiere ser Capitana
de la tropa aragonesa.

volvían en procesión reverente y gozosa a Santafé, mientras que, guardada la espalda por la Patrona, transmataban la Cordillera Oriental para refugiarse en el Llano los trescientos que había salvado el Mayor Santander en su célebre marcha a través de las selvas ocañeras, y el puñado de reclutas macilentos y haraposos que con el estudiante Rovira escaparon con vida en Cachirí.

Inflexiblemente se imponen los hechos históricos. En la conciencia pública, en el ánimo de creyentes, de incrédulos y de escépticos, está el sentimiento del hondo nacionalismo de la imagen que, con más devoción que arte, pintó Alonso de Narváez allá en la lejanía de la Colonia; que restauró la piedad de María Ramos y de Catalina García, tipos clásicos de nuestras mujeres, abnegadas y fervientes, caritativas y amables; que ha entrado a nuestras ciudades a aplacar la peste; que ha acompañado a nuestros soldados en horas de suprema angustia, cuyo nombre fue el último que pronunció Obando al caer acosado por las lanzas en las laderas de El Rosal, e invocó Pinzón cuando, en uno de los días de Palonegro, vio cejar sus regimientos ante los machetes enemigos.

Lógica, natural, espontáneamente, en medio de los sembrados, en las bardas de las cercas, en las ventanas y en las torres, surgió un día, al paso triunfal de nuestra Virgen, la bandera nacional al lado del estandarte que muestra sus colores, y en la plaza mayor de Bogotá, dentro del recinto que marcó la espada del Adelantado Quesada, colocada la burda manta tejida por los indios de Tasco sobre un bloque de mármol de Leiva, la efigie de la Virgen nuestra fue coronada con esmeraldas de Muzo y diamantes que concentran quién sabe cuántas lágrimas de humildes, por un arrogante Obispo que, de mozo, mordió cartucho al pie del caballo de Acosta en Garrapata.

¿Habrán algo más profundamente español, más hondamente colombiano, más intensamente nuestro?

TOMAS RUEDA VARGAS

DE LOS SITIOS EVOCADORES

Pacho vive del recuerdo de su ferrería y de la esperanza de que al año siguiente, siempre en el otro año, “vuelvan a emprenderse los trabajos”.

Y esta manera de vivir tan humana, entre un amable recuerdo y una grata esperanza, es precisamente lo que hace el secreto encanto de Pacho, lo que le da fisonomía propia, y nos lo hace sentir mientras pasamos unos días aquietados por la suavidad de su clima, como si fuera una persona amiga y cariñosa que a toda hora nos hiciera la confidencia amable de su buena vida pasada, y de la reconstrucción de ella en un cercano porvenir que sin embargo se aleja momento por momento. ¿No es esto profundamente humano? ¿No es ésta la historia dulce y doliente de nuestros crepúsculos colocados a igual distancia de una aurora que se fue y otra que esperamos?

Después de almuerzo bajamos a la ferrería. Allí ha quedado un núcleo de población que conserva el nombre de la fábrica, y en cierto modo ha conservado las costumbres que animaron a las gentes de la vieja ferrería de ahora cuarenta años; hay allí más alegría, más vida, que en el pueblo. Se pasa el río y en la falda del otro lado, por entre malezas que vienen haciéndose más espesas, se asoman las ruinas. Pedazos de maquinaria ovidada, cañerías truncas, paredes que esperan muy poco para acabar de caer, molinos con las aspas rotas, muestran uno que otro brazo entero todavía; a lo lejos, en las mañanas claras, hace pensar a los más ilusos que en aquéllos hay la fuerza de gigantes que les supuso Don Quijote para resucitar la muerta industria que hizo la felicidad de la comarca.

Las ruinas, siquiera sean las del Partenón o las del Coliseo, son “tapias caídas”, como decía una paisana nuestra enriquecida e ignorante a quien “llevaron” a Europa para poder decir que “fue”, son tapias caídas iguales a las de los potreros